



EL ERMITAÑO DORMIDO.

(DE VIEN.)

Vien, el regenerador de la pintura en Francia, nacido en Montpellier en 1716, anunció desde muy temprano su vocación. Como apenas de diez años copiase tan hábilmente la estampa de la serpiente de bronce, según Lebrun, se decidieron á colocarle

en casa de un pintor de retratos. Hacía en ella rápidos progresos, cuando su familia le hizo entrar de repente en casa de un procurador, y luego en una fábrica de loza, trastornando así sus primitivos estudios. Habiendo en fin aprendido de un ar-

29 DE JUNIO DE 1856.

tista distinguido de su villa natal los primeros principios de la pintura al óleo, partió para París, donde obtuvo, al cabo de seis meses, una medalla de estímulo. Desprovisto de medios de fortuna, hizo alternativamente diseños para los mercaderes del puente de Nuestra Señora, y cuadros académicos para los concursos. No quedó sin recompensa su infatigable celo; y la primera medalla al principio, y al año siguiente el primer premio de pintura, llamaron sobre él la pública atención.

Superior ya á sus rivales, partió Vien para Roma á costa del real tesoro; sobrado entusiasta de su arte para estar un momento ocioso, hizo durante la travesía un soberbio diseño de la Degollación de los Inocentes, y llegado apenas á Roma, compuso diversos cuadros de gran dimension con una claridad tanto mas notable, cuanto jamás le hizo sacrificar la correccion. Para dedicarse á lo antiguo de que era admirador apasionado, no olvidó lo que el llamaba las lecciones del modelo vivo, y combinando con acertado pulso esos dos géneros de estudios, llegó á ser el primer pintor de historia de su época. No le seguirémos en sus excursiones á Florencia, á Nápoles, á Venecia, y á todas las ciudades de Italia que poseian obras maestras. Así que estuvo de vuelta en París, fué recibido en la Academia de pintura y de escultura; al principio en calidad de socio, segun costumbre; en seguida como académico, y seis semanas despues como profesor. Pronto expuso Vien su *San Dionisio predicando en las Galias*. Colocado en la iglesia de San Roque, donde está todavía, este gran cuadro compartió con el de la *Peste de los Ardientes*, por Doyen, los sufragios de los inteligentes. Llegó á ser en el público y en los periódicos objeto de una animada controversia. Entusiasmaronse algunos jóvenes por el rival de Vien, otros prefirieron á la osadía de Doyen, la sabia, la armoniosa composicion del pintor de San Dionisio. Diderot, cuya conocida predileccion por todo lo que era exajerado en las artes, no le hiciera enteramente injusto hácia el talento de Vien, se expresa en estos términos sobre todos los cuadros.

«Sus composiciones son como su carácter: Vien es esmerado y sabio como el Dominiquin. Hermosas cabezas, dibujo correcto, bellos piés y bellas manos, ropas caidas, expresiones sencillas y naturales; nada atormentado, nada buscado ni en los detalles ni en la composicion. Es el mas bello reposo; cuanto mas se le mira, mas ganas se tienen de mirarle. Participa á la vez del Dominiquin y de Lesueur. Vien os encadena y os deja todo el tiempo de examinarle. Doyen, mas sorprendente á primera vista, parece decirnos que despachemos pronto, no sea que la impresion de un objeto, viniendo á destruir la de otro antes de haber abrazado el conjunto, se desvanezca el encanto. Vien posee todas las partes que caracterizan á un grande artífice, de nada se olvida: es para los jóvenes un manantial de buenos estudios. A ser yo su profesor les dijera: «Id á San Roque, mirad la *Predicacion de San Dionisio*, penetráos bien de ella; pero pasad aprisa delante del cuadro de los *Ardientes*: es una sublime inspiracion que no os hallais en estado de imitar.»

Hemos entrado en estos detalles sobre la *Predicacion de San Dionisio*, por ser no solo uno de los mejores cuadros de Vien, sino tambien el que mejor caracteriza su talento. Poco tiempo despues del éxito de aquella grande obra, obtuvo el autor las mas lisonjeras recompensas. Elegido rector de la academia de pintura, luego miembro de la de arquitectura, y encargado en seguida de dirigir en Francia á los discípulos protegidos por el rey, vióse llamado en 1771 á la direccion de la escuela de Roma, donde fué acogido con gran distincion. Envióle el rey casi al mismo tiempo el cordon de San Miguel, dispensándole de llenar las formalidades prescritas para la recepcion. Los asiduos cuidados que dedicó á los ejercicios de sus pensionados, y la idea que tuvo de exponer todos los años en Roma, en una galeria pública, los trabajos de aquellos jóvenes, ejercieron, así como su propio ejemplo, una feliz influencia en la vuelta de la escuela francesa á los verdaderos principios de la pintura. Vuelto á París en 1781, Vien continuó trabajando como en su mocedad, y muchas de sus obras merecieron honrosa distincion en las exposiciones públicas del Louvre. Nombróle el rey su primer pintor en 1788;

pero pronto quitóle la revolución sueldos y empleos, sin que le quedara mas recurso para sostener á su familia, que el fruto de sus ahorros: recurso que estaba á punto de faltarle cuando llamóle el primer cónsul del senado conservador, donde poco tiempo despues recibió el título de conde y de comandante de la Legión de Honor. Murió Vien en París el 27 de marzo de 1809, á los noventa y tres años de su edad: ocupábase todavía en la pintura seis meses antes de su muerte, y mas particularmente en asuntos graciosos; de su taller salieron la mayor parte de los pintores que forman el orgullo del siglo XIX, habiendo sido el maestro de David y de Vincent, quienes á su vez han tenido por discípulo á Girodet, á Gros y á Gerard.

Recapitulando las producciones de Vien, sin contar los diseños y los bocetos, han encontrado un total de ciento setenta y dos cuadros, entre los cuales se nota el *Ermitaño dormido*, cuyo grabado reproducimos conforme al de Mijer. El *Ermitaño dormido*, obra de su juventud, fué ejecutado en Roma, copiado del natural. Admirase la sabiduría y correccion del dibujo, el conocimiento de las luces, la firmeza y frescura del pincel, y la bella armonía de los colores. En algunas partes los discípulos de Vien han sobrepujado á su maestro; mas debieron solo sus ventajas á la práctica de sus lecciones y á la meditacion de sus buenas obras, segun lo escribia el mismo David en una carta datada en Roma, y en la cual encontramos ese irrecusable testimonio. «Antes de acabar, es del caso que os diga, escribia á Vien, cuán cara es vuestra memoria á los habitantes de Roma; lo que sobre todo he tenido ocasion de probar, al exponer su cuadro Mr. Lagrence. ¡Cuántas cosas me dicen de vos todos los días, y cuán bien saben apreciar el lugar que ocupais en la pintura! Pero yo soy quien lo sabe mejor que ellos, habiendo recibido vuestras lecciones; pues si algo bueno hay en mis cuadros, como ya he tenido el honor de decíroslo, es el estar pintados segun vuestro gusto. Adios, mi querido maestro.»

J. MUÑOZ GAVILIA.

UNA LÁGRIMA

SOBRE LAS RUINAS DE NUMANCIA,

POR D. MANUEL IBO ALFARO.

INTRODUCCION.

Ruinas de Numancia, 7 de abril de 1854.

Estos, Fabio, ¡ay, dolor! que ves ahora,
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa
RÍGUA.

Desde los primeros días de mi vida en que mi padre cariñoso me referia entre sus brazos las antiguas glorias de nuestra adorada patria, he sentido un deseo vehemente de visitar los lugares donde se representaron aquellas grandes escenas.

Mucho me imponía la destruccion de Sagunto; mucho me fascinaba la descripcion de Itálica, con los tesoros de todas clases que abrazó en su seno; pero nada seducia mi espíritu infantil con tan mágico poder como el célebre sitio de Numancia.

Tan luego como yo fui adquiriendo de estas gloriosas épocas, esa vaga nocion que la voz de un padre puede infiltrar en la tierna capacidad de su hijo, cuando le habla sin otro objeto que ir despertando en su corazón nobles deseos, ó tal vez nada mas que por mantener distraídos algunos momentos de su infancia; ya comencé á sentir una inquietud indefinida por visitar aquellos sitios; pero mas adelante, y cuando aquellas débiles nociones se fueron depurando y robusteciendo con la lectura de la historia y de las crónicas, formé la resolucion definitiva de visitar en persona todos aquellos lugares, para juzgar por mi mismo de la mayor ó menor exactitud que los historiadores han usado en su descripcion; para disfrutar el sublime placer de

meditar un momento sobre tan venerables ruinas, y para poder decir, yo tambien dos palabras sobre ellas al lector.

Aunque definitivo fué en verdad el propósito que formé, y vehemente el deseo que siempre me ha animado de reconocer, entre otros monumentos, las ruinas de Numancia, mil circunstancias de mi vida privada me han impedido cumplir mi propósito y satisfacer mi deseo hasta el día en que estas líneas escribo.

Y esta pequeña introduccion, aunque en sí no valga nada, pues que ni siquiera he querido retocar su estilo desaliñado, tiene por lo menos el mérito, que algunos apreciarán como yo aprecio, de estar escrita sobre la cumbre de aquellos sacrosantos escombros; sobre las cenizas del pueblo, que oculto en un miserable rincón de la Celtiveria, hizo estremecerse de terror á las impetuosas águilas de Roma; sobre los restos demolidos del pueblo que atrajo los invencibles héroes del colosal imperio, á manchar sus banderas al pié de sus rústicas murallas; sobre el pueblo que escupió valiente al laurel de los altivos Césares. Tiene el mérito de estar escrita sobre la tumba de Megara, que hoy solo visita el humilde pastor que por allí apacienta su rebaño, y el triste poeta que sobre ella vierte una lágrima de encono contra sus compatriotas; porque de tal manera abandonan aquel sagrado recinto... Nada vale esta introduccion; pero tiene el grande mérito de estar escrita sobre las ruinas de Numancia.

LA VISITA.

A la una de la tarde del día de la fecha, salia de Soria con direccion á Numancia, acompañado por un paisano, y montados, él en un caballo montañés, y yo en un buen mulo de andadura enjaezado al estilo del país.

Mis relaciones en Soria eran elevadas; y los jóvenes de mas tono estuvieron conmigo en extremo finos, bajo todos conceptos: me enseñaron el casino, el teatro, los paseos; pero cuando me permití preguntar si alguno de ellos tendria á bien acompañarme á visitar las ruinas de Numancia, observé en todos ese gesto particular de disgusto, con que involuntariamente se responde á una pregunta importuna; y aunque cedian muy amables á mis deseos por un exceso de complacencia ó galanteria, yo que nunca he querido que por mí se incomode nadie, los excusé de semejante compromiso, haciéndoles creer que desistia de mi empeño; pero en mi pecho sentí una fuerte impresion de desagrado, al observar el desprecio con que la juventud de nuestro siglo mira las glorias de su patria.

Resuelto estaba pues á partir solo, ó con un criado que me enseñase el camino; pero el amo del parador en que me hallaba hospedado, que tal oyó por casualidad, se empeñó en ir conmigo, alegando para acallar las protestas con que yo trataba de evitarle tal incomodidad, el gran placer que en ello le cabia; pues que muchas veces acostumbraba él á dar aquel paseo solo, por no encontrar en la ciudad quien le acompañase; por lo cual yo acepté su ofrecimiento, con tanto mas placer, cuanto que encontraba un hombre amigo de tributar un recuerdo á las eminentes glorias españolas.

Mi compañero de viaje contaria unos cincuenta años de edad: no tengo presente su nombre, pero conservo una grata memoria de su sano juicio, de la jovialidad de su carácter y de su amena conversacion.

Después de caminar tres cuartos de hora á buen paso, primero por las verdes praderas que se extienden entre las faldas de ligeras colinas, y la margen izquierda del Duero, y después por encrespadas rocas, cuyas seculares y labradas piedras ya comienzan á revelar algo de misterioso, nos encontramos, con gran contento mio, en lo mas alto de las ruinas de Numancia.

Son las ruinas de Numancia, ni mas ni menos que, como las describe Lope Rael, un monte de forma elíptica, cuyo radio mayor se dirige de Norte á Sur; rodeado en todo su perímetro por pendientes y rampas mas ó menos suaves, excepto por la cara de Occidente que ofrece un plano vertical de peñascos, cuyo pié bañan las silenciosas aguas del Duero.

El momento en que yo puse mi pié sobre aquellos sacrosantos escombros, eran las tres de la tarde del viénes de Dolores: todo contribuia á dar solemnidad á aquel sitio, y á recoger mi espíritu preocupado de antemano con semejante visita, tantos años para mí deseada.

Una aldeana vestida de paño pardo, araba con su yunta de bueyes una de las heredades que cubren las ruinas; los esquilonos de los pueblecillos inmediatos tocaban al sermón; y como si el cielo quisiera contribuir tambien á la melancolía de aquel lugar, se presentaba encapotado por densos nubarrones que oscurecian el sol. Todo era tristeza: ni el viento murmuraba, porque no tenia árboles cuyas hojas agitar; ni el caudaloso Duero producía ruido alguno, porque en aquel paraje se desliza pausado entre sinuosas cordilleras de montes, cual si aun guardara luto al contemplar solitario un recinto que tan poblado y tan victorioso conoció en otro tiempo: ¡cosa admirable! ni vi una alondra que piase, ni un jilguero que amenizase aquel silencio con sus trinos; y solo se escuchaba á lo lejos y por intervalos, el cencerro de algun rebaño de ovejas que tal vez condujera temprano el zagal á su majada para encaminarse él á oír la palabra divina en el humilde templo de su aldea.

Hay momentos de sublime recogimiento en la vida; y para mí fué uno de estos, aquel en que presencié una escena tan patética desde los santos escombros que cubren las cenizas de Megara.

Cuando sentí junto á mí á mi compañero que volvía de acomodar las bestias en una frondosa pradera que se dilatava al principiar un suave declive, sacudí el narcótico que iban infiltrando en mi espíritu las reflexiones á que naturalmente me entregaba, y tendí mi vista hácia la parte del Oriente, donde se descubrian llanuras, colinas y montes, que, después de ondular sus perfiles con gallardía, iban á precipitarse todos en unas lejanas sierras.

—¿Qué pueblo es aquel? pregunté á mi compañero, señalando una aldea que se descubria entre las sombras de un carascal.

—Aquel es TARDESILLAS, me contestó mi amigo: contaban los ancianos que en otro tiempo se llamó TARDE-ENSILLAS; porque estando desprevenidas en él las haces romanas, durante la guerra de Numancia, cargó de improviso sobre ellas una cohorte de valientes numantinos, y como en la consternacion que entre aquellas produjera semejante sorpresa, encontrara uno de ellos al jefe de los enemigos ensillando el caballo para huir, le dijo el mancebo al atravesarlo con su espada: «TARDE ENSILLAS, ENEMIGO.»

Aunque esta relacion de mi compañero me recreó un instante y destiló en mi alma el sabio néctar que para mí encierra toda tradicion, no le di importancia alguna, ni puede dársela la critica; porque aunque es muy verosímil que el fogoso vencedor prorrumpiera en aquel sarcasmo contra el orgulloso vencido, en las circunstancias dadas, le habria hablado seguramente en lenguaje celtivérico, que era el que en aquel país se usaba entonces; y aunque en efecto le hubiera dicho «TARDE ENSILLAS, ENEMIGO», lo hubiera expresado con otros signos, esto es, con otro sonido vocal; y el sónico vocal, y no la idea expresada, es lo que se conserva en el nombre de los lugares, como sucede en muchos puntos de aquel significativo recinto.

Miré después al Norte, y tambien vi colinas que, cual las olas del mar, montaban las unas sobre las otras; entre cuyas colinas vi frondosas praderas, y entre cuyas praderas se descubria de trecho en trecho la superficie del Duero, inmóvil y dorada, por el fango que siempre acarrea sus aguas: mas allá de esta region de colinas y praderas, se ostentaba otra region de apiñados bosques, verdes como la esmeralda; y mas allá de los bosques, descollaban elevadas sierras que ocultaban sus crestas en el seno de las opacas nubes, acotando de un modo horracosco el horizonte de mi vista.

—¿Qué bosques son aquellos? pregunté á mi compañero.

—Son los pinares, me contestó: los naturales de allí les llaman los PELENDONES.

— Y ¿aquellas sierras? volví á preguntarle.

— Aquellas sierras son las de Urbión, que tienen en la cumbre tres lagunas; y en la mas terrible, que es la de Boca Negra, nace el Duero. Cuentan de esa laguna que no tiene suelo, ó por mejor decir, que se comunica directamente con el mar; y para probarlo aseguran que en tiempos muy remotos se encontró flotando sobre sus aguas media popa de un navío; lo cierto es que varias veces se la ha sondeado, y nunca ha habido bastante sogá para tocar al suelo.

Yo lo escuchaba, si no con entera fe, al menos con verdadera satisfacción.

— A la otra parte están las sierras de Silos y de Oncala, continuó mi compañero; y segun mi abuelo y aun mi padre me tenían referido, los antiguos llamaban á esas sierras las **DIS-TERCIAS**; pero ya se hace aquí muy poco caso de tales nombres.

— Lo creo, le contesté con amargura. Antes ¿no sucedía lo mismo? le pregunté luego.

— No, señor; nuestros padres nos contaban mil anécdotas del sitio de Numancia; nos decían los nombres con que entonces se conocían estos lugares, y nos hacían aprenderlos de memoria; pero ahora le aseguro á V. que dos terceras partes de los jóvenes de Soria no saben que este monte en que estamos, se llama Numancia, ó al menos, si lo saben, no han venido una sola vez á verlo.

— Lo creo, le contesté sin poder reprimir una amarga sonrisa: sin cuidarse de los antiguos hechos camina ciega la juventud en busca de un porvenir cuya naturaleza desconoce.

— Y eso no debe ser muy bueno, dijo mi compañero.

— Fatal, le respondí yo; si el hombre no estudia lo que fué ayer, si no estudia el puerto de dónde procede, no puede aprender adónde debe ir, ni lo que de él será mañana.

En seguida tendí mi vista hacia el Sud-oeste; pero entonces se estrelló con la cordillera de montañas que, paralelas á Numancia, determinan el cauce del Duero. Sin embargo, marchando hacia el mediodía, acababa esta sierra deshaciéndose en una suave pendiente; á la otra parte de la pendiente, y como tres cuartos de legua del paraje en que nos encontrábamos, se percibía un elevado peñasal, sobre el cual descollaba entre los densos vapores de la tarde un ruinoso y macilento castillo.

— ¿Aquel es el castillo de Soria? pregunté á mi amigo.

— Sí, señor, me respondió; aquel es el antiguo castillo, que está ya hundido; y segun el sentir de nuestros mayores, esa fué la fortaleza que hicieron sus antepasados al edificar la nueva Numancia.

— Y ¿dónde decían que estaba la nueva Numancia? repliqué yo.

— En la ladera del mismo monte, entre Soria y el castillo; pero la nueva Numancia se hundió sin duda, y Soria se ha extendido por el llano, á la otra parte del monte.

— Pues... dije yo para mí; donde se adormece indolente entre sus danzas y festines, sin tributar un leve recuerdo á las sacrosantas ruinas que duermen junto á ella; y que le dieron el nombre, que le dieron la vida.

Después exclamé, sin poder contener mi emoción:

— Aquel castillo mas jóven que Numancia y mas viejo que Soria, plantado entre las dos, es el vehículo que enlaza la generación que existió cien años antes de Cristo con la que existió mil ochocientos después; es el genio de los tiempos, que mira con respeto y compasión los escombros de la una, y con asco y con desprecio las galas de la otra.

Tendí en seguida mi vista hacia el mediodía, y por aquella parte solo descubrí otros sin misterio y el cielo azul de un país mas templado.

Observando mi compañero que nada le preguntaba ya, y conociendo sin duda que deseaba quedarme solo, se marchó sin hablar palabra á dar una vuelta por las caballerías, y yo me puse á reconocer con avidez aquel suelo.

Las dimensiones del planisferio que corona aquella ovalada colina, base ó asentamiento de uno de los pueblos que con mas títulos han inmortalizado su nombre en la historia del mundo,

tiene, como dice el muy observador Lope Ræz, sobre cien varas de longitud, por sesenta de latitud, y unas cuarenta de altura sobre la superficie del Duero y campos que este rio baña con sus aguas.

Allá nada aparece á primera vista; nada existe, nada es de cuanto fué; un manto de tierra lo cubre todo como un siglo cubre á otro siglo, como una creencia envuelve á otra creencia; pero el cayado con que el pastor hace incapie en el suelo para correr hacia sus cabras, se hunde á lo mejor en un vacío, y aquel vacío es una bóveda de Numancia; el arado del labrador que ara aquellas tierras estériles, tropieza con frecuencia en una piedra que rebelde corta la labor del misero aldeano; aquella piedra hace parte de una pared, y aquella pared formó una de las calles de Numancia.

Estas piedras picadas, que el labrador ha tenido necesidad de arrancar de la tierra para continuar el cultivo de ésta, se encuentran esparcidas por allí, ó tal vez alineadas, porque así lo hizo un paisano para separar con aquel coto su heredad de la heredad de su vecino.

Sin embargo, hoy se descubre algo mas que lo dicho en aquella sacrosanta cumbre. Un jefe político que hubo en Soria no hace mucho tiempo, concibió el laudable pensamiento de practicar alguna escavacion en las ruinas, y erigir sobre ellas una pirámide, aunque esta no tuviese otro objeto que designar al viajero el sitio de un lugar tan memorable. Se comenzaron los trabajos; pero, como todas las obras de nuestra malhadada patria (dolor nos causa decirlo), espiraron aquellos en el principio.

Es verdad que existe el primer cuerpo de la pirámide; y que considerada artísticamente, se reconoce en ella gusto y elegancia; pero la rodean bajo otro concepto multitud de defectos. El principal es, que habiéndola levantado sobre el punto que dicen, forma el centro de la plaza fuerte; si algun dia, como es de esperar, se practican allí escavaciones en beneficio de la historia y de la arqueología nacionales, las principales investigaciones se han de dirigir precisamente á la plaza, y para ello será forzoso derribar la tal pirámide; luego, por abrir los cimientos de este monumento mudo, sepultaron otro monumento mil veces mas expresivo, como era un gran lienzo de la plaza fuerte, que vió Lope Ræz, segun refiere en su artículo sobre Numancia; que varias veces habia visto mi mismo compañero, y que yo no pude ver, porque cual si la luz del siglo XIX no fuera digna de alumbrar por mucho tiempo tan sacrosantos restos, otra vez habian vuelto á yacer sumergidos en el seno de la tierra: ni siquiera tuvieron el acierto de edificarla con peñas arrancadas de los escombros; pues entonces si no se presentara tan pulida y tan lustrosa, se presentaria mas grave y mas digna del portento que representa, y del lugar que designa: es la tal pirámide plantada sobre las ruinas de Numancia, ni mas ni menos que una banderola de oropel, plantada sobre la mina de oro mas rica del Perú.

Sin embargo, las personas que concibieron este pensamiento, son muy dignas de un recuerdo de gratitud, pues que abrigaron un buen deseo, y que los reducidísimos trabajos que hicieron sirven al menos para demostrar lo fácil que será desentrañar los secretos que los escombros ocultan; pues que basta levantar la primera labor de tierra (sobre 40 centímetros), para comenzar ya á desenvolver restos de edificios en abundancia. Por manera que nosotros que tuvimos la suerte de hacer nuestro viaje después de las referidas escavaciones, hemos visto piedras labradas, ó sea sillarejos arrancados del seno de la tierra; cimientos de casas no muy espaciosas, que se extendían en torno del punto donde designan la plaza fuerte; vimos y tuvimos el gusto de entrar en unas bóvedas subterráneas, formadas de grueso ladrillo hermellón y muy bien conservado; bóvedas que los naturales del país llaman hornos, sin duda por el mucho carbon y madera quemada que en ellas aparece, víctimas á nuestro entender de la hoguera voraz que consumió el pueblo, y cuyo resplandor no ha podido apagar el enorme peso de veinte siglos que sobre ellas gravitan. Vimos tambien huesos calcinados é incrustados

en la tierra dura, de los cuales procuré recoger alguno, y sobre todo vimos unas piedras que llamaron nuestra atención, con privilegio de cuánto las rodeaba.

Estas piedras, que no solo han salido en la somera escavacion indicada; si es que antes ya aparecían por el suelo, y que los labradores las arrojaban con indiferencia sobre las otras, para levantar un poco mas el vallado de sus labranzas, son de arena, redondas, de una vara de diámetro, y por lo comun suelen en-

contrarse dos juntas y trabajadas como para ponerse la una sobre la otra; pues la que debiera estar debajo, tendrá unos 10 centímetros de espesor, y es enteramente lisa; al paso que la que debiera estar encima es bastante mas delgada, esferiforme por su parte superior, y tiene en el centro un agujero como para un eje; son, en resumen, ó parecen ser la muela y el solar de un molino de mano.

(Continuará.)



— ¡Oh!... Gracias... Señor... Gracias... yo...
— ¿Qué hace V. señora?...

CAPITULO XIV (1).

EL PRESTAMO.

Asaz mohino y cabizbajo quedó Mr. de Cavechani en el gabinete de doña Aurelia, cuando esta, con un despego difícil de explicar, abandonó aquella estancia. Un poco repuesto el prendero de tan inesperado acontecimiento, se levantó, encojióse de hombros, tomó su sombrero, y despues de dirigir una despreciativa mirada hácia la puerta por donde desapareció la Baronesa, se encaminó en busca de su carruaje, diciendo:

— ¡Cómo el bien, la riqueza y el boato hacen olvidarse á las mujeres hasta de lo que mas les interesa!... ¡Yo abatiré tanto orgullo!... ¡Miserable! ¡que no comprende que una sola palabra mia basta para hundirla en el polvo, y hasta hacerla encerrár en un calabozo por estafadora!... Pero... ¿Cómo me olvido de

que no puedo pronunciar esa palabra?... ¡Ah!... ¡Bien conoce ella los vínculos que nos ligan! pero lo que no conoce es que yo soy capaz hasta de subir al patíbulo, con tal de humillar su arrogancia, y hacerla descender de ese pedestal adonde la coloqué, para que despues me desprecie...

— A la Plaza de Santo Domingo, dijo el prendero al auriga que dirigía su coche; y no habian pasado muchos minutos, cuando apeándose en dicho sitio, emprendía su marcha hácia su establecimiento, agoviado por los celos y el desprecio que acababa de sufrir; pero con resolucion, que no cumplió despues, de tomar una terrible venganza contra su ingrata.

Con no menos despecho que el prendero abandonó la Baronesa su gabinete asombrada del atrevimiento y tenacidad de un hombre, á quien jamás habia dado el mas pequeño motivo para que concibiese esperanzas, que tenia que ver destruidas á cada paso. Doña Aurelia comprendía muy bien su posicion y dependencia de aquel hombre perverso, que habiéndola mirado primeiramente como un objeto de especulacion, habian nacido en él despues sentimientos que ella misma se avergonzaba de haber-

(1) Tomamos este capitulo de la obra que con el titulo de *Los Caballeros de Industria* está publicando el antiguo colaborador de este Semanario el Sr. Baron de Illescas.

selos inspirado. Todo cuanto adornaba aquella casa alhajada con un lujo propio de un príncipe, y hasta el nombre con que deslumbraba á esa que se llama sociedad culta en Madrid, que admite sin escrúpulo en su seno á cualquier farsante que, bajo su palabra solo, se le antoja presentarse como un alto personaje, era debido á la invención de Mr. de Cavechani, quien con un talento que no podía menos de admirar la Baronesa, había dispuesto de tal manera toda aquella farsa, que hubo conseguido engañar á cuantos la rodeaban.

Dejarémos por ahora á Mr. de Cavechani celoso y desesperado, imaginando en su prendería alguna intriga con que abatir el orgullo de su Lucrecia, y obligarla á trocar su desden en amor; tambien abandonarémos á la Baronesa en lo mas profundo de su gabinete, que, llorosa por las consecuencias que podría tener el desengaño que acababa de dar al enamorado prendero, pensaba al mismo tiempo en buscar un medio que, sin perjuicio de su virtud, mitigase la desesperacion del hombre dueño absoluto de su porvenir, y hasta de su honra, para dedicar unos cuantos renglones de este capítulo á enterar á nuestros lectores de los adelantos que Mr. Hapenley, mas apasionado aun que Mr. de Cavechani, hacia en sus amores con la hija de Bonafont, valiéndose de la prendera María.

Nuestros lectores conocen ya el mal estado en que se encontraba de intereses la viuda de Bonafont, cuando la prendera fué á proponerle de orden de Mr. Hapenley, que podía tomar cuanto dinero quisiera á cuenta de pagas atrasadas. Al siguiente dia de semejante proposicion, y despues de haber dado cuenta la prendera al fingido inglés de cuanto habia creído necesario á sus planes, la viuda y María se dirigieron á la Carrera de san Francisco, número... á casa de Mr. Hapenley que ya las estaba aguardando. Escusado es decir que á pesar de esto les hizo esperar mas de una hora, segun su sistema. La viuda estaba asombrada del lujo y esplendor que encontró en aquella casa; pues desde los buenos tiempos del brigadier, que habia concurrido con él á varios de los bailes dados por algun embajador ó grande de España, no habia vuelto á ver una habitacion adornada con tanta riqueza. Se acordaba de su miserable vivienda, y hacia propósito de mudarse, en cuanto la suerte la fuese favorable en el juego de casa de doña Policarpa, á un cuarto mejor, alhajándole con mas lujo que el que entonces tenia.

Cuando á Mr. Hapenley le pareció conveniente, hizo entrar á la prendera y la viuda, y despues de los cumplidos propios de tales casos, y mandarlas sentar, llegando su galantería hasta el extremo de ofrecer su magnífico sillón de despacho á la viuda, instándola á que le ocupara mientras en aquella habitacion permaneciese, tomó la palabra la prendera, y mitad en vascuense y mitad en mal español, le dijo:

—Tengo el honor de presentar á V., señor, á la viuda del brigadier Bonafont, doña Gertrudis Ponce de Leon y Tellez de Selvaflorida, señora de las mas relevantes cualidades, aunque muy desgraciada desde la muerte de su esposo...

Mr. Hapenley, excelente cómico, hizo una profunda cortesía á la viuda, á que esta contestó con otra muy profunda tambien; pues no le iba en zaga al fingido inglés en eso de la comiquería. Despues de un momento de silencio, Mr. Hapenley la dijo:

—Yo creo haber conocido al brigadier su señor esposo de V.; así que cuando esta buena María me habló de V. y de la mala suerte que la habia cabido, me tomé la libertad de decirle que tendria un gran placer en hacer por V. lo que pueda... Mucho mas que segun me ha dicho María, V. tiene en su companía una hija jóven y excesivamente linda...

—Gracias, señor (dijo Doña Gertrudis, aparentando modestia). Todo cuanto ha dicho á V. María es muy cierto, menos lo de ser mi hija tan linda; lo cual ó es una galantería muy propia de un caballero de tan recomendables prendas como V., ó una exageracion de María, que por el mucho afecto que nos profesa, la parecerá mi Julia hasta linda.

—Igualmente añadió María que era V. muy modesta, y veo que en nada me he engañado; lo cual me hace creer que al retratarme á su hija de V., dijo tambien la verdad. Quizás algun

dia tenga ocasion de juzgar por mí mismo de la belleza de la hija de V.

—Si alguna vez gusta V. honrarnos... Pero dispense V. que no le ofrezca mi pobre y miserable choza, dijo doña Gertrudis un poco turbada, pues la tengo por indigna de recibir á un hombre que tiene la fortuna de habitar en tan magnífico palacio. Mi posicion es tal...

—Ahora es cuando la aseguro á V. y la doy mi palabra de ir á visitarla, contestó Mr. Hapenley, interrumpiendo á la viuda, para que vea que yo, á pesar de mi rango, no me desdeno de subir á una buhardilla, si tal es donde V. vive.

—No le falta mucho, señor; es un cuarto tercero interior en la Travesía de las Beatas, número... Sin embargo, estoy buscando casa, y ruego á V. que no se moleste en ir á vernos hasta tanto que pueda ofrecer á V. una habitacion mas digna de recibirle...

—Creo que desde hoy podrá V., dijo Mr. Hapenley en el tono mas afectuoso que supo fingir, habitar en una casa mejor que en la que hasta aquí ha vivido; conocí á su esposo de V.; me he propuesto proteger á V., para evitarla que continué en una posicion tan desgraciada.

—No sé si debo admitir, contestó la viuda algo turbada, tantos favores como V. me dispensa... Sin embargo, ya sabe María en los términos que yo tomaré una cantidad; pues mi delicadeza se resentiria de ser á V. gravosa, porque tuvo la suerte ó desgracia de conocer á mi esposo.

—Yo no trato de humillar á V., señora, dijo con aparente dignidad Mr. Hapenley, dándole una limosna, si es que la limosna puede á nadie humillar, que no lo creo; pero conozco por lo que María me ha dicho, y tambien por el estado en que está la clase á que V. pertenece, la situacion en que V. se encuentra, y mi ánimo no ha sido sino prestar á V. cuanto necesite, de la manera que V. quiera y con las condiciones mas ventajosas para V.

—De ese modo, repuso la viuda, animándose su fisonomía con un rayo de alegría, que no pasó desapercibido para Mr. Hapenley, me atreveré á suplicar á V. que me preste una cantidad con que pueda salir de algunos de mis ahogos, y especialmente alquilar una casa mas cómoda que la que ahora tengo. Yo no poseo otras garantías que hipotecar al pago de ese préstamo, que una enorme suma que el erario me debe, tanto de sueldos atrasados de mi marido, como de mi viudedad. Conozco la poca seguridad que esto ofrece para un prestamista; pero ya que veo á V. tan dispuesto á favorecerme, no he dudado en hacerle esta proposicion... En cuanto al rédito anual que haya de pagar á V. mientras tenga en mi poder el dinero que V. me preste, nadie mejor que V. podrá señalarle.

—Me ofende V., señora, dijo Mr. Hapenley con gravedad, al hacerme semejante proposicion... Yo no llevo mas que un interés muy moderado á los comerciantes, banqueros y ricos hacendados á quienes hago préstamos de cantidades considerables; pero tratándose de una pobre señora viuda, me basta con que me devuelva la suma que la doy, si buenamente puede; que si no, tampoco se la exigiré.

—¡Ah! señor, dijo la viuda enternecida, V. es la generosidad y la bondad misma. Estoy admirada de un proceder tan noble, y no encuentro palabras bastantes con que manifestar á V. mi gratitud...

—Estoy yo tambien asombrado, dijo á su vez Mr. Hapenley, de que tanto choque á V. mi conducta... ¿Qué se aumentaria la fortuna de un banquero por exigir una retribucion de la pequeña cantidad que dé á una viuda?

—Es verdad... Pero acostumbrada á tratar con usureros prestamistas que me han llevado algunas veces el cincuenta y el sesenta por ciento, y aun mas, en ocasiones apuradas, puede V. calcular cuanto me extrañará encontrar un hombre tan generoso.

—¡Qué escándalo!... ¡Y cómo se permite, exclamó Mr. Hapenley, como si desconociera absolutamente lo que la viuda le contaba, semejante estafa!... Sin duda que las autoridades

ignorarán ese infame tráfico; porque si no, le castigarían como merece.

— Yo creo como V. que lo ignorarán; pero entre tanto hay en Madrid una porción de familias que están siendo víctimas de la ambición de unos cuantos desalmados usureros que se enriquecen á costa de la miseria ajena.

— Pues nada, nada; V. me dirá la cantidad que necesita, y al momento daré orden para que se la entreguen...

— Puesto que V. es tan bueno que se constituye en mi protector, suplico á V. me preste cinco mil reales, ó lo que V. quiera, sobre un capital de mas de cuatro mil duros que la nación me debe....

— Bien... muy bien... ¿con que cinco mil reales, eh?... Vamos; eso es muy poco para lo apurada que V. se encuentra, dijo Mr. Hapenley sonriendo... Además yo no quiero que V. tenga que venir aquí á cada momento á pedirme dinero....

— Me basta por ahora con dicha cantidad, contestó la viuda, sintiendo no haber pedido mas, y no quisiera tampoco abusar de la generosidad de V.

Mr. Hapenley abrió un cajón de su mesa y con asombro de la viuda y mas aun de la preñera que no habia despegado sus labios durante todo el diálogo anterior, como habrán observado nuestros lectores, pero que allá en sus adentros y como mujer de mucho mundo, formaba mil comentarios de la conducta del inglés, sacó dos billetes de cuatro mil reales y uno de dos mil, cuyos colores conoció bien pronto María, y dirigiéndose á la viuda, la dijo:

— Ahí tiene V. diez mil reales con que creo que podrá usted salir mejor de apuros, que con la mitad que me ha pedido...

Sorprendida la viuda de tanta generosidad, y no sabiendo si dar crédito á sus oídos por lo que oían, ni á sus ojos por lo que veían, alargó su descarnada mano, temblando como si se viera acometida de una convulsión nerviosa, y con palabras entrecortadas que espiraban en sus labios antes de acabar de pronunciarlas, fué á dar las gracias á Mr. Hapenley; pero por un movimiento que no fué dueña de evitar, cayó de rodillas delante del rico capitalista, diciendo....

— ¡Oh!... gracias... señor... gracias... yo....

— ¿Qué hace V., señora? dijo Mr. Hapenley, apresurándose á levantarla... V. me confunde con demostraciones de reconocimiento que yo no puedo admitir, por mas que sean hijas de una exagerada gratitud....

— Perdón V., dijo la viuda, dominando la sorpresa que la causó tan inesperado acontecimiento. Todas las palabras me parecían pocas para manifestar á V. mi gratitud, y en medio de mi entusiasmo, al ver tanta generosidad, no supe lo que hacia... ¡Ah!... señor... ¡usted no ha conocido jamás las amarguras de una vida llena de privaciones! Por eso no puede comprender la violenta transición que hay de ella á otra que presenta la abundancia, lujo y comodidad... Para conocer las dulzuras de la miel es preciso haber saboreado largo tiempo el acibar... El que nunca estuvo desnudo, no es posible que aprecie en lo que vale un rico vestido; como jamás conocerá cuánto halagan la vista las cristalinas aguas de una fuente, mas que áquel que sufrió la sed rabiosa de la terciana en una abrasadora tarde de estío... No extrañe V. la exaltación de mi espíritu en estos momentos; hace muchos años que no me rodean mas que desgracias y sinsabores, y hoy la Providencia, porque solo Dios puede ser el autor de tanto bien, me ha presentado un hombre que me tiene de su generosa mano....

— Creo que cumplo con un deber favoreciendo á una familia desgraciada. No ha sido culpa mia el no haber sabido antes la situación de V.

— Puede V. hacer extender la obligación de pago de esta cantidad en los términos que quiera... La firmaré al momento...

— Bien... La mandaré hacer, puesto que así lo quiere V., y cuando esté...

— Vendré al instante á...

— No... no hay necesidad... Yo iré á su casa de V....

— ¡Tanto favor!...

— Así tendré el gusto de conocer á la hija de mi amigo el brigadier, y de ver la nueva habitación de V.

— Al momento sabrá V. dónde es...

Despidiéronse Mr. Hapenley y la viuda despues de haberse hecho las mas espresivas ofertas, y mientras María y doña Gertrudis se dirigian á la Travesía de las Beatas, la preñera que no queria dejar pasar tan buena ocasion para recomendar á la viuda las excelentes prendas del rico banquero inglés, la dijo:

— Ya ha visto V. S. cómo se ha portado este buen señor... ¡Tiene un corazón de ángel!

— ¡Ah!... dijo la viuda sin poder contener una demostración de agradecimiento; no hay sacrificio que no hiciera por este hombre... No puedo, por mas que hago, convencerme de que haya en estos tiempos un prestamista que dé con tanta generosidad diez mil reales cuando se le piden cinco....

— Ahora es preciso que varie V. S. de casa... El señor irá á ver á V. S., y sentiria encontrarla en aquel chiribitil.

— Al momento, señora María, pienso tomar un cuarto decente y amueblarle bien. A Julia tambien la compraré algunas cosas que la hacen falta.

— Muy bien hecho; porque siempre es bueno que las señoritas se vistan como les corresponde... ¡Cuántas deben en el mundo una gran fortuna á su belleza!...

— Mi hija es muy desgraciada.

— Quién sabe, señora, contestó con socarronería la preñera. De menos nos hizo Dios... La señorita es jóven, muy linda, hija de buenos padres, y donde menos se piensa...

— Los hombres no buscan en estos tiempos mas que dinero, señora María...

— Así es la verdad; pero hay algunos que teniéndolo ellos, son generosos, y la belleza... En fin, señora, V. S. acaba de ver por sí misma que tambien hay quien sabe obrar con desprendimiento.

— Sí, pero es al tratarse de préstamos.

— De manera que el que es generoso como capitalista, ¿por qué no lo puede ser como amante?

— ¡Pero!

— Esto no es decir, continuó la preñera, aparentando sencillez, que las bodas no se hagan la mayor parte como una compra, pero el señor es soltero, y...

— ¡Soltero!

— Sí, señora... Soltero. ¿De qué se admira V. S.?

Un rayo de luz brilló ante la imaginación de doña Gertrudis al saber que Mr. Hapenley era soltero, y una porción de planes nacieron y murieron en un mismo momento en la mente de la viuda del brigadier. La sagaz María comprendió bien pronto el efecto que sus últimas palabras habian producido en doña Gertrudis, y creyendo bastante por entonces lo dicho, no quiso despertar mas la curiosidad de aquella mujer, cuya ambición conocia, y se proponia explotar en beneficio del rico capitalista; pero para esto era preciso seguir un plan que ella ya se habia trazado. Para evitar mas explicaciones, al llegar á la calle Ancha de San Bernardo, á la embocadura de la de la Luna, la preñera pretextando quehaceres de su oficio, se despidió de la viuda, quedando en ir á darla razon al siguiente dia de un cuarto que creia que estuviese aun desalquilado, y podria ser muy á propósito para doña Gertrudis.

Sola ya la viuda de Bonafont, la faltaba tiempo para llegar á su casa á referir á su hija la escena que antes hemos contado, y ponderarla las buenas prendas de Mr. Hapenley; así que el corto trecho que, desde que dejó á la preñera, media hasta su casa, le anduvo á un paso tan acelerado, como si hubiera tenido treinta años menos. Pegando encontrones en la acera á todo el que se la ponía delante, y sin contestar á algunas palabras un tanto bruscas con que la interpelaban todos aquellos á quienes daba un codazo ó un pisotón, llegó á la puerta de su cuarto, y un gran campanillazo anunció á Julia la venida de su madre.

Tiempo hacia que la esperaba un hombre sentado en el sofá de la sala, con el sombrero encasquetado hasta el cogote, envuelto su abultado abdómen en un enorme leviton verde, y con

una gruesa caña de Indias en la mano. Al ver entrar á doña Gertrudis se levantó, y con un tono un tanto brusco, la dijo:

—Hace dos horas que estoy esperando á V., señora; y si hubiera de pagarme V. las botas que rompo para venir aquí, y el tiempo que pierdo, tendría V. que añadir todos los meses un duro más, lo menos, á lo que abona por este cuarto...

Doña Gertrudis que venia deseando hablar con su hija, y se encontró tan bruscamente interpelada por aquel hombre (en quien ya habrán conocido nuestros lectores al casero), sin quitarse la mantilla, y aun sin detenerse á respirar un momento, que bien lo necesitaba por lo deprisa que habia subido la larga y recta escalera de su casa, le contestó, dominando cuanto pudo la cólera que la devoraba:

—Ya que V. no sea galante, bien pudiera V. ser mejor educado, estando sin sombrero delante de mi hija...

—Señora... dijo avergonzado el casero; ¿después que usted no me paga, me viene con lecciones de educación?... Lo que yo necesito es dinero.

—Mamá, dijo Julia levantándose y poniéndose delante de doña Gertrudis, no se incomode V.

—No es digno este miserable usurero, contestó doña Gertrudis con resolución; de que yo le diga ni una sola palabra más. Mañana mismo dejo esta casa.

—Pero no saldrá V. de ella sin haberla pagado.

—Advierto á V. que está hablando con la viuda del brigadier Bonafont, y que S. M. me concede el tratamiento de V. S.

—Yo no entiendo de tratamientos; págume V. ahora mismo, y sino la demando ante un tribunal, y veremos lo que allí valen los V. S.

Al mismo tiempo la puerta de la sala se abrió y apareció Enrique. El casero entonces se quitó su sombrero, y le hizo una reverente cortesía. Julia palideció y estuvo á punto de desmayarse, temiendo por el desenlace que podría tener aquella escena; pero doña Gertrudis sacando del bolsillo de su vestido los tres billetes, cuyos colores dieron á conocer al casero y á Enrique la cantidad que valían, le dijo al primero:

—Tome V., cobre V., y déme la vuelta...

—El casero asombrado cojió el billete, lo examinó bien, y después de un momento de registrar sus bolsillos, contestó:

—No tengo aquí para cambiarle; dentro de un momento traeré á V. S., continuó con hipocresía, el resto; dígame V. S. si ha de pagar algo adelantado.

—Ya he dicho á V. que me mudo mañana... repuso la viuda con seriedad.

El casero salió por el dinero necesario para abonar la diferencia del billete, y Enrique y Julia asombrados, especialmente la última, de la riqueza de doña Gertrudis, se entraron en el gabinete comentando la resolución de la viuda de variar de casa.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuación.)

Empecé á sentir una vaga, pero dulce ansiedad: Amparo habia causado en mí una impresion profunda: me habia hecho experimentar una sensación desconocida.

La recordaba (no podré decirlo de qué modo), pero su recuerdo me dilataba el alma.

Era el amor de un padre satisfecho de su hija.

Dejé de pensar en la muerte.

Me detuve en el camino del suicidio.

Dejé de concurrir á los lupanares.

Arreglé mi vida.

Causé una dolorosa sorpresa en mis administradores, anunciándoles que iba á dedicarme al cuidado de mis intereses.

Hice todo esto bajo la influencia de este pensamiento: —He adoptado á un ser á quien debo procurar hacer feliz.

Amparo habia hecho en mí una revolucion: me habia reconciliado con la vida.

En recompensa, yo varié de plan respecto á su porvenir: la práctica de un oficio mecánico me parecía indigna de ella.

Aspiraba en su nombre á mas.

Algunos podrán creer esto exagerado; si lo es, está en armonía con la exageración de mi carácter; yo siento de una manera poderosa, y para sentir me bastan pocas impresiones.

Amparo me habia impresionado fuertemente.

No sabia dónde vivia.

Un dia encargué á Mauricio que la buscara.

Mauricio empleó cuantos medios se conocen para encontrar una persona de la cual solo se saben el nombre, las señas y la condicion.

Gracias á lo bien montada que está la policía en España, Mauricio, que era uno de los mozos mas listos que he conocido, no pudo dar con ella.

Preguntó á los traperos y le contestaron que no la conocian.

Fué al ayuntamiento y solo constaban allí el nombre y el número de Amparo como trapería.

Amparo empezó á hacérseme una dificultad; indudablemente á fin de mes la señora Adela vendría en busca de su asignación; pero yo no queria esperar aquel plazo.

Habian pasado quince dias desde mi aventura.

Era por la mañana y Mauricio entró alegre.

—Ya la tenemos, exclamó.

—¿A quién?

—A la señorita Amparo.

—¿Cómo? ¿Sabes donde vive?

—Está en la antesala.

—¡Ah! exclamé saliendo de mi gabinete y atravesando la sala; entre V., señora, entre V.

Amparo entró.

Venia sencillamente vestida: un manto de sarga, un cordón de pelo al cuello con una pequeña cruz dorada, un pañuelo de seda sobre los hombros, una bata de percal, y un delantal negro; me pareció mas alta y mas bella: venia encendida, alegre, con un bulto bajo el manto; me saludó con una sonrisa sumamente afectuosa y entró en el gabinete, sobre una de cuyas mesas dejó el bulto que traía bajo el manto, y que produjo un sonido metálico.

—¿Qué es eso? la dije.

—Esto es que Dios me favorece, me contestó; son tres mil reales que he ganado á la lotería.

—¡Ah! exclamé adivinando su intencion.

—Tres mil reales que traigo á V.

—¿Y para qué quiero yo eso?

—¿Para qué? me contestó mirándome gravemente; para que se reintegre V. de los dos mil reales que dió á la señora Adela.

—¡Ah! ¡Eres orgullosa!

—No por cierto, ¡sino que habrá tantos otros desdichados!

Se me nubló el semblante, y Amparo se apresuró á decir:

—La caridad debe ser discreta; la caridad indiscreta hace más daño que beneficio; yo ya tengo todo lo que podía desear; un cuartito alegre, una cama blanda, ropa blanca y dos vestidos de calle. Trabajo; trabajo con ardor, y dentro de poco seré oficiala. Emplee V. esos dos mil reales en amparar otra desdicha, y los mil restantes guárdelos V. para dárselos doce á doce dueros á la señora Adela: hay para cuatro meses; dentro de cuatro meses ganaré una peseta, que era cuanto deseaba. Conque... no hablemos mas. Ahí se queda eso. Tengo que comer y estar á las tres en el taller.

Y escapaba.

(Continuará.)

MADRID.—Imprenta de MANUEL GALIANO,

Plaza de los Ministerios, 3.